



DAVID HARTMAN

El pacto viviente. El espíritu de innovación en el judaísmo tradicional

Traducción de **Carolina Kohan y Pablo Dreizik, Lilmod, Buenos Aires, 2006, 431 pp.**

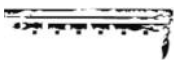
ISBN 987-22628-5-3

(*A Living Covenant. The Innovative Spirit in Traditional Judaism, Jewish Lights Publishing, 2006*)

El mundo de las ideas parece no conocer fronteras. El ser humano, cuando se muestra dispuesto a pensar en las cosas fundamentales, reivindica su parentesco con todos los que, antes y después, han emprendido esa búsqueda. El propósito de ser fiel a la verdad, de averiguar el origen de las creencias que forjan nuestra aceptación de las realidades en que vivimos, ha caracterizado o acompañado a la definición del talante filosófico, y el surgimiento de la filosofía tuvo lugar en Grecia, pero la “vida de la razón”, según la expresión de Santayana, ha sido consustancial al ser humano. La originalidad de la filosofía no ha radicado en un descubrimiento de la naturaleza, sino en una función de la razón que el filósofo compartiría con todos los hombres. La originalidad de la filosofía no indicaría una excepción, sino un crecimiento diverso en la historia de la educación del género humano. La prueba de que no habría excepcionalidad alguna estaría en que la filosofía, por la vía de su transmisión, ha pasado a ser patrimonio de toda la cultura humana. Con todo, la fuerza de su nacimiento sigue llamando la atención de cada nueva generación de estudiantes, como si la sospecha de que no dejamos de aprender a filosofar redundara en la persuasión de que los primeros maestros agotaron en cierto modo el recorrido de lo que cabía esperar de esa disposición.

Con varios nombres, como “helenismo” o “Atenas”, esta posición ha quedado fijada como una de las dos perspectivas primordiales de la tradición occidental.

La otra perspectiva, la del “hebraísmo” o “Jerusalén”, es la que preside la exposición de *El pacto viviente*, de David Hartman. Si la aspiración filosófica implica en cierto modo la crítica o emancipación del vínculo con el mundo tal como se nos presenta, la historia de los judíos estaría marcada por una vuelta (o *teshuvá*) a los principios de la convicción con que se han propuestos servir al único Dios. La obediencia gobernaría las consideraciones que afectan a la vida del pueblo judío, y las de la Ley serían las primeras palabras que habrían de tener en cuenta en cualquier caso. Si Atenas ha pasado a ser el imaginario centro de exportación de la filosofía, Jerusalén habría sido, en un plano tal vez no imaginario (y menos aún desde el siglo XX), el centro de importación de la fe o fidelidad al pacto de los judíos con Dios. El primer mérito de David Hartman —que ha sido profesor de pensamiento judío en la Universidad Hebrea de Jerusalén— consistiría en haber señalado los límites propios de la investigación sobre la “antropología del pacto” que desarrolla en *El pacto viviente*. El judaísmo no es sólo el tema, sino también el marco del estudio de Hartman, de modo que su análisis de la idea del “hombre halájico” (frente al *homo religiosus*) y del pacto queda circunscrito a los términos en que esa idea habría animado la historia misma del judaísmo. La historia del judaísmo rabínico, viene a decir el autor, habría respaldado la interpretación de que el pacto de Dios con su pueblo no ha bloqueado la capacidad de actuar y pensar en el seno de su tradición, sino que ha reforzado el valor mismo de innovación (*jidush*) que podemos atribuirle. El debate de Hartman con otras interpretaciones de la idea del pacto y su significado, en especial las de Soloveitchik y Leibowitz, se articula en las dos partes de esta obra (‘El ser humano en el judaísmo’ y ‘El pacto y el Dios viviente de la historia’), lo que pondría de manifiesto el hecho de que no habría habido unanimidad sobre la enseñanza de los conceptos básicos del judaísmo, como ocurre, por ejemplo, respecto a las diferentes valoraciones de la “plegaria”. La antropología del pacto de Hartman, que se situaría entre los extremos del reformismo y la ortodoxia judía, rescata la necesidad de renovar el pacto con Dios de “cada generación” como una oportunidad que no socava la obediencia a la revelación y proporciona un nuevo estímulo a la asunción de la responsabilidad del hombre. Es notorio que el intercambio entre la razón y la fe habría supuesto una vía para el aprendizaje que, desde el punto de vista de la filosofía judía, había encontrado en la obra de Maimónides una referencia central; Hartman ha entablado en *El pacto viviente* una larga conversación con sus maestros (Maimónides, Soloveitchik y Leibowitz) de la que extrae las bases para una comprensión del judaísmo que reforzaría la vitalidad de aquel intercambio. Con todo, su intención sería definir la posición del judaísmo como la de un compromiso abierto a los desafíos de “un mundo que sigue su curso normal” (*olam ke-minhago noheg*). Hartman no niega que pueda existir una ética al margen de la experiencia judía, pero niega que la “vitalidad dialéctica” del judaísmo pueda entenderse cabalmente sin la apreciación del contenido ético de la revelación que fueron los mandamientos o *mitzvot*. La revelación se habría vuelto permanente en la historia en virtud de las *mitzvot*, que siguen siendo una guía tras la integración de la tradición oral de las enseñanzas rabínicas. El bagaje de interpretaciones con que ha contado el judaísmo demostraría, aun en los términos de la “extraña y fascinante paradoja” del Talmud, la persistencia de la iniciativa en la vida de “cada generación enmarcada en la comunidad del pacto”. Desde el principio, desde el Génesis, la limitación de sí mismo efectuada por Dios habría



LIBROS



DAVID HARTMAN
El pacto viviente. El espíritu de innovación en el judaísmo tradicional

supuesto una oportunidad para que el hombre actuara libremente, y la revelación, tras la creación, habría corroborado el pacto de Dios con la comunidad del pueblo judío. La redención, con esa perspectiva, no habría de ser esperada como un capítulo ulterior de una historia pasada, sino que la espera mesiánica ya formaría parte de la voluntad de actuar conforme a las *mitzvot*. Hartman reitera en varias ocasiones que, a pesar de la incapacidad humana para elevarse a la comprensión de los motivos de Dios, la relación de Dios con su pueblo a través del pacto podría entenderse análogamente a la relación entre las personas (la de un padre con su hijo o la de los esposos). El “pacto viviente” habría prolongado hasta nuestros días (los días en que el Estado de Israel es una realidad que debería ser entendida como una posibilidad de regenerar la “vida de la Torá”) la tradición constitutiva del judaísmo: “Grande es el aprendizaje si nos lleva a la práctica”. Si el mundo de las ideas parece no conocer fronteras, la Torá es “un camino de vida que no se circunscribe a los límites geográficos”.

Javier Alcoriza